

REPENTINAMENTE

Una de las realidades que más llama mi atención es la capacidad que algunas personas de saber.

Reciben una responsabilidad y, parecería, junto con ella reciben todo lo que hay que saber sobre ella.

Repentinamente se vuelven expertos, avezados expertos, en lo que comenzarán a desempeñar.

Recuerdo una oportunidad en que una persona se llegó hasta un determinado lugar. Debía dirigirse a los presentes.

Una de las autoridades, con gran buena voluntad, se acercó hasta esa persona y le dijo: “Me parece que no debe tener presente en lo que vaya a decir ya que es la línea por donde se camina en este lugar”

Continuaron hablando un poco más de la realidad del lugar, el que debía hablar era la primera vez que allí se encontraba, y el que realizó la sugerencia se retiró.

Lejos de agradecer la sugerencia aquella persona dijo: “¡Me vino a decir a mí lo que tengo que decir!”

Lejos de hablar de lo social habló a la audiencia como si fuesen niños que por primera vez escuchaban hablar de lo que se les planteaba.

Era tan infantil lo que se estaba exponiendo que un grupo de personas se levantó y retiró del lugar.

Luego, quienes se habían retirado, encararon a los organizadores del encuentro haciéndoles saber de su incomodidad por el hecho de no haberle dicho al disertante que no sería una charla para niños sino para adultos.

Al escuchar tal planteo no podía dejar de recordar el “¡Me vino a decir a mí lo que tengo que decir!”

Ante la jubilación del portero le sugirieron a quien habría de asumir tal cargo un tiempito de trabajo compartido para poder tener idea de lo que se esperaba de él y de la realidad de lo que debía realizar.

“¿Qué me puede enseñar él que yo no sepa?” fue la respuesta ante tal sugerencia.

Repentinamente sabía todo y..... Si, sucedió lo que usted supone. No llegó a estar un mes en el trabajo por disconformidad de sus empleadores.

Cuando nos integramos a una actividad no podemos ignorar que esa actividad no comienza con nosotros.

Cuando nos integramos a una actividad se nos confía una mochila de historia que no podemos ignorar.

Una historia que debemos saber leer y respetar.

Podremos no compartir algunos pasos de esa historia pero no podemos ignorarlos.

La historia no comienza, repentinamente, con nuestra presencia en una determinada actividad.

Cuando nos creemos no estamos necesitados de ayuda para ser más útiles o cuando ignoramos la historia de una actividad no hacemos otra cosa que mostrar nuestra necesidad.

En un determinado lugar un cura fue párroco por más de treinta años. Al fallecer un curita joven se hizo cargo de la parroquia y me hacía llegar sus quejas porque, según él, parecía que la gente no se había enterado que el cura anterior había fallecido porque lo continuaban citando para las actividades.

Nunca logré hacerle asumir que no podía luchar en muy poco tiempo con alguien que había dejado una vida en el lugar.

Padre Martín Ponce de León

Sin duda que la parroquia no comenzaba con este curita joven. Había una historia y debía ser respetada.

Necesario es saber darse un tiempo para conocer y aprender.

Necesario es darse un tiempo para saber de esos seres que poseen una historia dentro de una actividad para escucharles y respetarles como forma de agradecerles.

Esa sabiduría repentina que en oportunidades puede afectar a alguien no es otra cosa que una manifestación falta de humildad y sentido común.

Humildad para reconocer que siempre estamos necesitados de aprender.

Sentido común que nos hace saber que siempre hay una historia que no podemos ignorar

La “ciencia infusa” que nos llega repentinamente es..... debo tomar el tema con pinzas puesto que muchos casos me dicen que no es tan así.